

los cortijos, las campañas de Navidad y los concursos para recuperar la vida de la palabra que viaja por las ondas sin que se la lleve el viento.

En Montilla es inevitable hablar del vino, de su cultura y de su elaboración. Miguel Cruz Marqués es el encargado de hacerlo en su ponencia "Evolución de las instalaciones de elaboración de vinos en la provincia de Córdoba a lo largo de la Historia". Ambicioso título bajo el que se recorren todas las etapas de la producción de vinos, con abundancia de fotografías y grabados.

De importancia capital para el conocimiento de la historia y la vida de cualquier lugar es un buen archivo. En el caso de Montilla contamos con un excelente Archivo Histórico cuyos fondos analiza la archivera Inmaculada de Castro Peña en el trabajo que cierra las ponencias que también se abrieran con otro estudio sobre archivos. La archivera de Montilla nos habla de los fondos que se recogen bajo su custodia, la variedad de documentos y su importancia dentro del contexto histórico que los genera. Para cualquier estudioso que quiera adentrarse en la documentación montillana es muy importante conocer el trabajo titulado "Los Archivos Municipales al servicio de la administración, ciudadanos e investigación. El archivo de Montilla".

Finalmente, la obra se cierra con una Memoria del recorrido que complementó la celebración de las Jornadas de Historia de Montilla y que llevó a los participantes por los rincones más significados de nuestra ciudad.

Estas Actas de las III Jornadas sobre Historia de Montilla son un interesante recorrido por momentos históricos, fáciles para profanos, a la vez que abren algunas posibles vías de ampliación para estudiosos.

CUENCA TORIBIO, J. M., *Sindicatos y partidos católicos españoles. ¿Fracaso o frustración? 1870-1977*, Unión Editorial, Madrid, 2001, 229 pp.

José Manuel Ventura Rojas

En medio del maremágnum actual de obras sobre la contemporaneidad española, a buen seguro que la presente ha pasado desapercibida al gran público que, aunque ávido de conocer el inmediato pasado político de nuestro solar hispano, se ve inverteadamente atraído por aquellos ejemplares de mayor tirada y eco mediático que inundan los escaparates de las librerías. Sin deseos de entrar en ardua polémica contra personas o entidades, ni de hacer apologías fáciles o demagógicas, estimamos, no obstante, oportuno alentar a curiosos y profesionales hacia una búsqueda y criba de materiales procedentes de terrenos sumidos en un más discreto segundo plano. Así, gracias a la iniciativa de un en menor medida conocido pero muy activo y meritorio grupo editorial, llega hoy a nuestras manos el trabajo del más veterano investigador de la historia eclesástica española contemporánea.

El libro que nos incumbe recurre al análisis y la crítica de las aportaciones de la renovada cantera de estudios sobre el tema, acrecentada en las dos últimas décadas. Partidos y sindicatos católicos españoles son, en esta ocasión,

abordados por la pluma del profesor Cuenca Toribio, cuyos avatares a lo largo de poco más de un siglo -divisible en tres tramos cronológicos fundamentales- desembocaron en una frustración que, como el pretorianismo, el débil desarrollo económico y la desmovilización política, fue señal de identidad de nuestro inmediato ayer, *humus* del presente -p. 222-. Contribuye con sus páginas a romper el perfil monolítico que usualmente se tiene en mente, mostrando, por el contrario, la riqueza de posturas y posicionamientos, acuerdos y disensiones, luchas internas y externas que se dieron cita en cada momento y lugar. Aborda cuestiones de gran importancia para la historiografía, así como posicionamientos más ecuanímenes que los que suelen ofrecerse en el palenque de la tan candente y rabiosa como a veces superficial «actualidad».

Con carácter introductorio, se fija hacia 1869 -año de la proclamación de la libertad de cultos en la primera Constitución del Sexenio- el origen de los movimientos políticos y sociales de los grupos que se autocalificaban y hacían del catolicismo su sería de identidad. Comenzaba entonces una nueva fase de la historia de nuestro país, en la cual la Iglesia, reconciliada con la burguesía tras superar las disputas suscitadas por las desamortizaciones, mostró su apertura hacia las ideas de esta última y forjó con ella una alianza como la que hasta entonces había tratado de mantener con el otro estamento privilegiado del antiguo régimen. Se introduce aquí una interesante reflexión acerca del papel del *ordo clericalis* como elemento retardatario de la revolución burguesa autóctona, abundando en dicha polémica historiográfica.

La primera etapa del fenómeno se vio inaugurada por las protestas suscitadas por el mantenimiento de la libertad de cultos en la Constitución de 1876, consumiéndose pronto debido a la rápida y fácil incorporación de la «Unión Católica» al régimen canovista -colmadas en su seno las ambiciones políticas de Pidal y Mon-, y al darse en el Solio Pontificio un relevo en mejor sintonía con el estadista malagueño. Por otro lado, a pesar del naufragio en el mismo periodo de los «círculos católicos obreros», su balance no fue enteramente negativo, pues buena parte de los objetivos de sus fundadores se vieron, en principio, cumplidos -incremento en las tasas de educación, sociabilidad, espiritualidad, condiciones de vida de los trabajadores y ayudas mutuas-. Téngase en cuenta, además, que en sus comienzos no estuvieron proyectados hacia un horizonte sindical, y fue el avance de los acontecimientos el encargado de que se afrontase dicha cuestión hasta entonces larvada o silenciada. La diversidad de concepciones estructurales clasismo ó interclasismo, cooperativismo, mutualismo, gremialismo-, la neutralidad política estricta ortodoxia exigida a sus miembros obreros y la estrecha tutela ejercida por los prelados acabaron por minarlos, más que las acusaciones de «amarillismo» por las otras organizaciones proletarias militantes.

Un segunda etapa, más amplia y objeto de una mayor atención en el libro, abarcaría desde la crisis noventaiochista al estallido de la Guerra Civil de 1936. En conjunto, a pesar de lo positivo de algunos puntos aislados, el balance sindical debe ser pesimista y desalentador, debido a la falta de arrai-

go profundo de las asociaciones en las zonas de mayor densidad obrera, junto a los no pocos defectos en las rurales, donde la penetración tuvo un calado algo mayor. También por la insuficiencia de las élites vertebradoras, a pesar de que no se careció de hombres y mujeres de valía; la necesidad de líderes con mayores dotes de mando, sagacidad y visión de futuro; la dependencia y consiguiente tutela ejercida sobre ellos por personajes acaudalados aislados, debido a la persistente falta de recursos; y las escasas aportaciones de la burguesía agraria y la gran patronal a una empresa en la que, en último término, no creían.

Comenzó en el sector agrario con una aceleración en el tránsito hacia un verdadero sindicalismo católico, debido al relevo generacional acaecido en los sectores directivos de las organizaciones a comienzos del siglo XX. Cajas de ahorros y sociedades de socorros mutuos se convirtieron, en aquella ocasión, en emblema y punta de lanza de su acción, del mismo modo que en la anterior etapa lo fueron escuelas y academias. Con todo, se centraron en zonas donde braceros y asalariados no eran mayoría, sino los minifundistas y pequeños propietarios, viéndose enturbiada su potencia por un deficiente enortamiento. Las cautelas pontificias, timideces episcopales, progresiva desecristianización de las masas obreras y el notable avance de la UGT y la CNT también pusieron trabas al desarrollo del sindicalismo confesional.

Mejoraron, en ocasiones, la calidad de vida de sus afiliados, pero sin que su acción llegase a una dinamización y modernización del campo español.

Con carácter más moderno, a la par que polémico -no por casualidad nacieron en Cataluña durante la crisis de la Restauración-, se desarrollaron los Sindicatos Católicos Libres, nacidos, legítima o ilegítimamente, de la acción social, y, como bien señala el autor, aún no estudiados con suficiente extensión ni sentido crítico. En efecto, han sido tachados de «fascistas» y de agentes ejecutores del terrorismo patronal por algunos de los escasos trabajos sobre el tema, olvidando, por otro lado, su sintonía con grupos europeos similares, encabezados por el «antimussoliniano» «Partido Popolare». El punto álgido en el desarrollo de los «Libres» tuvo lugar en el ecuador de la dictadura primorriverista, mas su crédito en los medios católicos fue escaso, a pesar de haber dejado atrás sus «años de luchas y combates callejeros contra la CNT y evaporado grandemente las soflamas contra la burguesía explotadora y la patronal desahmada, pasando a una acción concentrada en el logro, de un sindicalismo de gestión» -p. 81-.

Por su parte, el gobierno del general gaditano apostó por los Sindicatos Católicos Libres, queriendo mostrarse de ese modo en la línea de la España industrial y urbana y alejándose de las bases del poder -rurales- del Gran Capital y de los sectores mayoritarios de la Iglesia. Fue ésta una de las causas por las cuales no cuajó la «Unión Patriótica», conformada, en buena medida, de la CONCA, disgustados por aquella contradictoria política sindical, de franca apertura hacia el ugetismo y los «Libres» y obstaculizadora del crecimiento del sindicalismo mixto «comillense» auspiciado por Nevares y López Bru cuyos perfiles son bosquejados con episódicas pinceladas de gran maestría.

Retornando de nuevo a los partidos, tras la quiebra del movimiento del arzobispo vallisoletano Cascajares, que poseyó un mayor impacto social que el anterior intento, en la segunda década del siglo XX los estratos dirigentes del catolicismo apostaron por la formación de «minorías selectas». Sufrió con ello un retroceso la tendencia democratizadora del anteriormente mentado, surgido a raíz de la «crisis de 1898». Dos decenios más transcurrieron hasta la consolidación definitiva de un partido católico: la CEDA, a la que el autor dedica otro sugerente y bien construido apartado. Nacida del sindicalismo católico agrario septentrional y levantino -no sin raíces como algunos suponían-, no fue, empero, lineal la historia de esta democracia cristiana -talante frecuentemente ignorado o deformado en otras visiones- de delicados equilibrios, pesos y contrapesos, no siempre bien entendidos ni respetados. Una serie de hitos jalonan el sendero que precedió a su aparición, desde el manifiesto del «Grupo de la Democracia Cristiana» a «Acción Nacional», pasando por el Partido Social Popular -imitador en esencia del liderazgo por Luigi Sturzo-. Entre los componentes de la coalición cedista ha de destacarse la Derecha Regional Valenciana, su modelo de organización y acción más sólido, que apostaba por la movilización de las masas y equiparaba participativamente en importancia al proletariado y campesinado. Una «aleación feliz de un sindicalismo agrario de linaje tradicionalista con un movimiento de clases medias urbanas». Tras las elecciones de 1936, la CEDA se vio envuelta en la marea de contenidos reaccionarios que precipitaron a los españoles a la Guerra Civil.

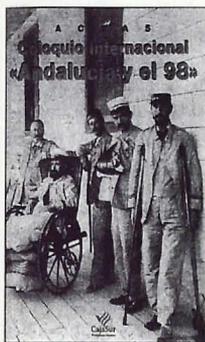
El estallido de la lamentable contienda fratricida sobrevino en el momento en que los sindicatos de raigambre católica parecían encarrilarse hacia la anhelada definitiva unidad, en la andadura comenzada ante la proclamación de la Segunda República y con consecuencias que no modifican lo ya especificado con anterioridad. En el transcurso de la guerra, el mapa del sindicalismo de inspiración cristiana no correspondió por entero al de los bandos enfrentados y la participación en éstos fue muy variada y desigual. Concluida aquella, la mayor parte de asociaciones fueron suprimidas o integradas en el Sindicato único Nacional, aunque no sin resistencia en algunos casos -muy intensa la de las agrarias-, recurriendo a variados subterfugios semánticos para evitar la absorción. Sin embargo, las escasas corrientes políticas democristianas sobrevivieron de uno u otro modo, caso del PNV y del legado de la *Lliga y Unió Democràtica de Catalunya*, que dio origen a CiU -ambas corrientes son analizadas algo más detenidamente, por su relativa «heterodoxia», que hace difícil encuadrarlas en la mencionada categoría-. En verdad, los vientos del aperturismo franquista partieron de los componentes de dicha «familia» del régimen, recibiendo el apoyo del Vaticano y de partidos europeos de su mismo signo confesional. Pero por otro lado, las divergencias surgidas desde los años cuarenta sembraron el creciente distanciamiento posterior entre la Democracia Social Cristiana de Gil Robles -promovida por éste desde el exilio e inclinada hacia los monárquicos- y la Izquierda Democrática Cristiana de Giménez Fernández -más juvenil y radical, escorada hacia el socialismo y con mayor predicamento en el mundo universitario-. Este hecho, junto

con la negativa de algunas figuras -v. gr. Tarancón- a la presencia de un partido abiertamente confesional, motivó los desfavorables resultados obtenidos por estas formaciones en los comicios de la Transición. Aunque políticos democristianos destacaron en sus actuaciones como miembros de la UCD, ningún partido actual ha recogido el testigo de su ortodoxo «centrismo» ni sus valores genuinos.

Para poner coda a nuestro dilatado comentario, afirmaremos su extraordinario valor como manual para curiosos y especialistas, faro y guía para quienes en un futuro consagren nuevos rumbos de una investigación ecuaníme, sería y rigurosa, en modo alguno reñida con una igualmente importante calidad expositiva como la que hace gala nuestro autor.

Actas del Coloquio Internacional "Andalucía y el 98", Obra Social y Cultural CajaSur, Córdoba, 2001, 736 pp.

Francisco Miguel Espino Jiménez



El primer centenario de uno de los acontecimientos claves en la Historia de España más reciente suscitó la celebración de multitud de congresos, coloquios y ciclos de conferencias, varios de los cuales tuvieron lugar en Andalucía. Precisamente, uno de los últimos que se desarrollaron en nuestra región fue el "1er. Coloquio Internacional *Andalucía y el 98*", celebrándose durante los días 14, 15 y 16 de diciembre, organizado por el área de

Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba bajo la dirección del profesor José Manuel Cuenca Toribio.

Sin embargo, este congreso fue el único que trató el 98 y sus consecuencias desde la perspectiva de Andalucía, siendo su principal objetivo el desvelar las circunstancias que definieron la realidad andaluza en una coyuntura de singular trascendencia.

En este sentido, se presentaron una serie de ponencias y comunicaciones, que sirvieron de continuación a las aportaciones del 1er. y 2º Congreso de Historia de Andalucía (celebrados en 1976 y 1991, respectivamente) y de antesala al 3º (celebrado en abril de 2001), constituyendo todos ellos un cauce inmejorable para la difusión de las diferentes líneas de investigación en torno a esta región meridional, a la vez que un medio para la reunión de los historiadores ya consagrados por su experiencia y de los más jóvenes, cuyo entusiasmo y su buen hacer contribuyen de igual forma a que los estudios sobre la contemporaneidad vayan renovándose periódicamente.

Al mismo tiempo, debemos resaltar que los trabajos que aquí se publican resultan muy útiles como referentes metodológicos e historiográficos para las investigaciones que

se estén desarrollando actualmente o se desarrollen en el futuro.

Continuando con la reseña que nos ocupa, en primer lugar indicar que las presentes actas incluyen 3 ponencias, las conferencias de una mesa redonda y 32 comunicaciones.

En cuanto a las ponencias, la primera corresponde al profesor Luis Navarro García y lleva por título "La crisis de ultramar", en la que realiza un meritorio esfuerzo de síntesis para analizar la guerra de independencia cubana, como antecedente inmediato a la crisis finisecular, desde tres planos -el político, el militar y el internacional-, y sus consecuencias.

La siguiente ponencia, titulada "Los plurales impactos de la gran depresión finisecular en la economía andaluza", tiene como autor al profesor Andrés Sánchez Picón, quien estudia los efectos de la crisis económica de finales del XIX en Andalucía, concretamente en el sector agrario y en la minería, poniendo de manifiesto el progreso de la globalización económica hace ya un siglo.

Y en la tercera, la del profesor Rafael Cruz Artacho, "El estado clientelar en Andalucía durante la Restauración", se hace una reflexión crítica sobre la historiografía existente en torno a la teorización de uno de los fenómenos, el del caciquismo, más característicos de nuestra región en la referida época.

A continuación, se insertan las ponencias de la mesa redonda "El feminismo y el 98. Realidad y expectativas de las mujeres andaluzas ante el cambio de siglo", en las que, según la propia autora de la introducción que a modo de presentación antecede a las mismas, la profesora Gloria Espigado Tocino, se apunta la significación específica que tuvo el tránsito de siglo para el conjunto de las mujeres de nuestra región. Así, en la realizada por la profesora Consuelo Flecha García, "Universitarias en Andalucía en el cambio de siglo", se hace el recuento y la valoración de las trayectorias académicas de las primeras andaluzas que ingresaron en la Universidad. Por su parte, la profesora Ángeles González Fernández, en su estudio titulado "Mujer y trabajo en Andalucía bajo el régimen de la Restauración", nos presenta la incorporación femenina al mundo del trabajo extradoméstico durante la referida época, señalando el carácter complementario de sus salarios en la economía familiar. Seguidamente, la profesora M^o. José Porro Herrera, bajo el título "Creación e imaginario femenino desde Andalucía en el cambio de siglo", plantea los estereotipos a que estaban sometidas las mujeres en las obras literarias de los autores andaluces, masculinos o femeninos, de fin de siglo. Por último, la profesora M^o. Dolores Ramos Palomo en su artículo titulado "Belén Sárraga: una líder social del 98 en Andalucía" hace una interesante conexión entre feminismo y librepensamiento, poniendo como ejemplo de compromiso político en la igualdad de derechos en la Europa de entre siglos a la mencionada figura.

Respecto a las comunicaciones, destacar la diversidad temática, el rigor científico y la innovación metodológica de buena parte de las mismas.

De esta forma, por su abultado número e interesantes aportaciones, sobresalen los estudios sobre la demogra-